

## CARTAGENA DE INDIAS

L. C., marzo de 1925.

Señor Director de *El Catolicismo*.—E. S. D.

Muy respetado y querido amigo:

Insiste usted en que les comunique a los lectores de su excelente periódico algunas de las impresiones que recibí en Cartagena a mi vuelta de la excursión al Perú; y aunque no me sobra tiempo, ni me faltan quehaceres, les recortaré algunos minutos para complacer a usted, pues no acierto a rehusar la bondadosa invitación de un sacerdote amigo.

Bien sabe usted la repugnancia que siempre me inspiraron los viajes. Ni París, con sus deslumbrantes maravillas, ni Roma, con sus recuerdos, sus monumentos y sus artes; ni Inglaterra, con sus famosas universidades, ni España con sus moriscos palacios y sus góticas catedrales, me tentaron a dejar este rincón donde nací y he pasado los sesenta y más años de mi vida.

No me avergüenzo tanto como debiera de confesar esta culpa, por que antes que yo la cometieron don José Manuel Groot y don José Caicedo Rojas, don Ricardo Carrasquilla, don José Manuel Marroquín y don Miguel Antonio Caro. Al padre de usted le oí decir una ocasión: «Si Dios me da vida, me moriré sin conocer el mar.»

Sólo me hacía cosquillas el antojo de visitar a Cartagena.

Porque lleva por excelencia el título de heroica; porque para defenderla vaciaron su erario los monarcas españoles; porque en ella don Blas de Lesso, a la cabeza de un grupo de hidalgos humilló la soberbia del

corsario Vernon; porque sostuvo, en 1815, aquel sitio digno de Zaragoza o de Gerona; estuvo regada con sangre de mártires, la mayor parte hijos del Colegio del Rosario; sus castillos fueron sitio de tormento para varones ilustres, en nuestras malhadadas guerras civiles; y, sobre todo, fue teatro de las incomparables hazañas de san Pedro Claver, «esclavo de los negros para siempre.» Y Cartagena es, para mí, la *Ciudad* de nuestra Patria colombiana.

Guiándome más por la imaginación que por el entendimiento, la palabra que subrayé arriba no me representa una inmensa aglomeración de habitaciones, separadas por calles espaciosas, donde viven millones de personas, sino una población, grande o pequeña, distinguida por una historia gloriosa, por interesantes obras de arte, por ser cuna de varones eminentes, por la cultura de sus hijos. Así Toledo es más ciudad que Madrid, Boston que Nueva York.

Llegué a Cartagena el veintitrés de enero a las diez de la mañana. El vapor arrimó al muelle de madera, pasé a tierra y seguí a la residencia de los padres jesuitas que bondadosamente salieron a recibirme y a invitarme. Por la tarde el gobernador, doctor Vicente Martínez Recuero, me convidó a subir al cerro de la Popa en automóvil, por una atrevida carretera que él mismo acababa de construir.

El espectáculo que se presentó a mis ojos es indescriptible. Delante la amplia y abrigada bahía cuyas aguas del más puro azul celeste, formaban diminutas olas orladas de plateada espuma. A mi derecha el castillo de san Felipe y, más allá, la venerable villa ceñida por las ciclópeas murallas, con sus blancas casas de azotea, sus altas torres y sus dentadas almenas. A mis pies, los risueños barrios modernos del Pie de la

Popa, Rodríguez Torices y Manga, formados por elegantes quintas entre árboles y palmeras. Y el mar que se entra por todas partes, por anchos canales cruzados de puentes, y que dan a la ciudad algo del aspecto de Venecia.

La residencia de los jesuitas es un tramo que resta en pie del antiguo colegio de la Compañía: edificio de tres pisos, con paredones de cal y canto, desportilladas escaleras, aposentos grandes y desnudos que dan a un corredor anchísimo cerrado con toscos pretiles. En el primer descanso de la escalera se halla el cuarto, convertido en capilla, donde san Pedro Claver pasó casi todos los años de su vida y exhaló el último suspiro. Si el Coliseo romano, está consagrado con sangre de mártires, esta celda está ungida con lágrimas de dolor y de gratitud.

Paralela a la casa y separada de ella por un patio largo y angosto, se encuentra la iglesia que, cuando la extinción de la Compañía, recibió el nombre de San Juan de Dios; quedó en ruinas en tiempo de las persecuciones religiosas, y fue más tarde restaurada en honor del sublime Apóstol de los negros por el santo obispo monseñor Eugenio Biffi. El altar mayor fue labrado en Italia con mármoles preciosos; tiene en el centro una bella estatua de San Pedro, y debajo de la mesa del altar, tras una espléndida vidriera, el esqueleto revestido con los ornamentos sacerdotales. A la vista del cráneo de un hombre ilustre según el mundo, el primer pensamiento que ocurre es el de «la pequeñez de la grandeza humana.» Pero al contemplar cómo, delante de los áridos huesos se postran conmovidas las multitudes, y sobre ellos desciende el Rey del cielo para inmolarse por la salud del hombre, ocurre a la memoria la frase de la Escritura: «Admirable es Dios

en sus santos,» y siente úno remordimiento y vergüenza al recordar lo inútil de su vida, comparada con la del excelso servidor de Cristo. En el coro de la iglesia se halla un magnífico órgano, regalado por el gran Pontífice León XIII.

En aquellos sitios me sentía en pleno siglo XVI, sin echar de menos ni siquiera las costumbres y los hábitos de los moradores. Por ausencia temporal del superior, R. P. Mejía, estaba presidiendo la comunidad el R. P. Ibarburen, español, bueno como el pan y suave como una madeja de seda. Con él, con los demás padres y los hermanos coadjutores, traté con tanta intimidad y confianza, como si hubiéramos sido amigos de treinta años atrás. Por residir unos días en aquella casa, por decir misa sobre el altar del santo, valen los riesgos y fatigas del viaje. Mucho pedí allí a san Pedro Claver por esta tierra colombiana que fue su patria adoptiva, por esta católica nación donde ya no hay esclavos.

Todos los días, después de misa, salía a recorrer la ciudad y sus contornos, invitado unas veces por el señor gobernador, otras por el provicario del arzobispado doctor José María Muñoz, encargado del gobierno eclesiástico en ausencia de monseñor Brioschi; y otras por antiguos discípulos y amigos. Algunas ocasiones me iba a pie a conocer de más cerca la ciudad. ¡Cuán hechicera para mi educación y mis gustos! Las calles angostas y torcidas, dispuestas así para la defensa de la plaza, limitadas en ambas aceras por viejos palacios de piedra, con espaciosos zaguanes, grandes patios, historiados escudos heráldicos sobre los portones, afligranados balcones y ventanas. La casa de la Inquisición, es una joya; y lo es también la catedral decorada profusamente y a todo costo por el actual arzobispo.

Subí en automóvil a la muralla de las bóvedas, de veinte metros de espesor y donde pueden circular, sin estorbarse, cuatro carruajes de frente.

Al salir de la ciudad vieja, por la puerta llamada del Reloj, hállase el viajero en la gran plaza del Centenario, robada en parte al mar y destinada al recuerdo del primer siglo de vida independiente. Tiene en el centro un elevado monumeto de piedra que no desdice de la arquitectura de los edificios circundantes y rodeado de un primoroso jardín. En un sitio de la muralla, una inscripción recuerda que allí fueron fusilados los próceres por orden del pacificador Morillo. En un costado de la plaza y en dos filas paralelas se ven los bustos de mármol de los mártires. Muchos de aquellos rostros me eran familiares, pues los veo diariamente en la galería de hijos ilustres del Rosario. Aquellos varones egregios fundaron la República y la tocaron de inmortalidad, fecundándola con su sangre generosa. En otras plazas están la estatua ecuestre del Libertador, y la de mármol de don José Fernández Madrid, rosarista también.

Una de mis primeras excursiones, fue para visitar el Cabrero. Se deja el recinto de la ciudad por el lado del sur y se toma a la izquierda una calzada que limítan las allí dormidas ondas del Caribe. ¡Cuán bello es aquel sitio! El cielo parece más diáfano, la temperatura más benigna, más azul aquel mar, la vegetación más frondosa. A las pocas cuadras, y a la derecha se halla la linda capillita edificada por el doctor Núñez, en honor de Nuestra Señora de las Mercedes. Delante, hay un parquecito muy bien tenido, con la estatua del grande hombre, igual a la del Capitolio nacional. Al costado del Evangelio, se encuentra en la iglesia el sepulcro de Núñez. Sobre el imponente sarcófago hay una artística

estatua yacente del finado; y a los pies un león, de tamaño natural en la actitud recelosa del fiel terranova que guarda el sueño de su señor. Experimenté allí vivísima emoción porque la memoria del doctor Núñez es objeto de mi admiración y gratitud. ¿Cómo no admirar al poeta, de pensamiento tan robusto que desgarrar las formas retóricas y rompe a menudo la melodía de los versos? ¿Al más grande de los filósofos sociales que ha producido nuestra patria? ¿Y cómo no profesar el más vivo agradecimiento al estadista insigne que realizó una de nuestras mayores transformaciones, no con la espada sino con la pluma, tranquilizó las conciencias y fundó la cordial amistad entre la Iglesia y el Estado?

Frente al costado de la capilla y donde arranca una larga avenida poblada de risueñas quintas, se halla la modesta casa donde el sublime pensador vivió largos años, concibió muchas de sus empresas y escribió varias de sus obras inmortales.

Hace algunos años se derruyó una parte de las murallas de Cartagena, para dar fácil acceso a los nuevos barrios que la rodean. Si acabaran de derrumbarse las murallas, si los palacios de piedra se reemplazaran por casitas de cemento armado, si las estrechas y sinuosas calles de los Caballeros, de las Infantas, del Candilejo, se trocaran por anchas y rectas carreras numeradas, la ciudad habría muerto; para nada tendrían que visitarla los viajeros, y Colombia no se consolaría de haber perdido la más preciosa de sus joyas.

Soy de usted afectísimo servidor y amigo,

R. M. CARRASQUILLA